

En el centenario del natalicio de Miguel Hernández: claves léxicas de su poesía.

Autora:

Dr. C. Maricela Messeguer Mercadé

[maricela@ucp.ho.rimed.cu](mailto:maricela@ucp.ho.rimed.cu)

### Resumen

En el centenario del natalicio del poeta español Miguel Hernández, los períodos en que puede ser estudiada su producción lírica revelan una constante en sus claves léxicas.

Palabras claves: Miguel Hernández, literatura española, poesía, claves léxicas.

### Summary

In the hundreth birthday of the spanish poet Miguel Hernández, the periods in which his poetry can be studied reveals somethig constant in lexical clues.

Key words: Miguel Hernández, Spanish literature, poetry, lexical clues.



Miguel Hernández (1919-1942)

Para algunos estudiosos la producción poética de Miguel Hernández (Orihuela, 1910- Alicante, 1942) se inscribe dentro de la llamada Generación del 27, cuyos paradigmas asimiló plenamente en los versos que conforman su poemario *Perito en lunas*, dado a conocer por la Editorial Sudeste de Murcia, en el año 1933, como parte de los cuatro cuadernos de poesía que publicara en vida.

A este poemario se suman: *El rayo que no cesa*, publicado en Madrid, en 1936, y que significó su consagración como poeta; *Viento del pueblo*, que viera la luz en Valencia, durante el año 1937, libro nacido al calor del combate y cuyas composiciones eran

recitadas por los altavoces del frente de batalla, reproducidas en volantes subversivos antifascistas y en periódicos de corte revolucionario a fin de avivar el espíritu de libertad entre los españoles.

Se suma finalmente *El hombre acecha*, su último libro, que quedó en una imprenta de Valencia donde sus ejemplares, sin encuadernar, fueron destruidos por el ejército franquista al concluir la guerra civil en 1942, fecha en que murió el autor prisionero en la cárcel de Alicante, a sus 32 años. En la prisión política había gestado una obra desgarradora, producida entre rejas y que luego tomó el título de *Cancionero y romancero de ausencias*.

A pesar de que Dámaso Alonso lo denominara el más genial epílogo de la generación que aglutinó a tan prestigiosos escritores, como García Lorca, Alberti y Cernuda, por citar solamente a tres de sus integrantes, otros críticos han acercado las creaciones líricas de Hernández, a la llamada Generación poética del 36, en tanto, si bien sus primeras producciones presentan una fuerte influencia gongorina y se destacan por su policromía y gusto por el rejuego formal culteranista, tan propios de la Generación del 27, las restantes se inscriben dentro de los cánones de la vanguardia social realista, y comprometida con la lucha que se venía librando contra el fascismo.

De una u otra clasificación se resiste este breve comentario, en tanto ante lo creado con pasión y sueño por el campesino soldado, el pastor preso político que fuera este autor, se es del criterio de que las clasificaciones academicistas resultan pequeñas, pues su fecunda vida, en la que produjo sus textos poéticos publicados, dispersos, declamados a viva voz en plazas y trincheras, apenas manuscritos, compilados o salvados por manos amigas, se resisten hoy, a los cien años de su natalicio, a cualquier disección clasificatoria; se les toma, se les lee con emoción y por el genio del tiempo siempre presente, propio de la buena poesía, traen de nuevo a Miguel Hernández fresco, renovado, componiendo para los habitantes del siglo XXI.

El afán por la belleza creativa lo condujo, en muy temprana juventud, a formar parte de los autores del semanario *El Pueblo*, donde publicó su primer poema titulado "Pastoril"; más tarde formó parte de las tertulias del grupo Silbo, en la ciudad de Orihuela; luego vinieron publicaciones en los diarios de la propia ciudad y en los de Murcia, hasta entrar a colaborar en la revista "El Gallo Crisis", fundada por Ramón Sijé y de la que fueron publicados seis números, hasta el total reconocimiento en su tierra, de la que fue el poeta de la guerra civil.

Todo lo anterior se produjo al calor inicial de sus lecturas de los clásicos de la lengua castellana desde la más temprana juventud, cuando alternaba las obligaciones de niño yuntero y los escasos estudios elementales, tareas a las que parecía condenado por su procedencia, con mayores afanes autodidácticos, adquiridos básicamente, gracias a préstamos de libros que no podía comprar y que le abrieron el camino posterior hacia la escritura.

Sus temas no podían ser otros que los rurales, apegados a la naturaleza, que tan bien conocía, llenos de sus propias experiencias matizadas con el aliento universal que encontraba en clásicos, barrocos, parnasianos, simbolistas y vanguardistas.

Con su viaje a Madrid, a los 21 años, perseguía buscarse algún empleo y abrirse paso en la literatura española a través de nuevas publicaciones, pero falto de recursos tuvo que retornar a Orihuela; de este intento y su poca fortuna, quedó el testimonio en el poema “El silbo de afirmación en la aldea”, en el que se evidencian las impresiones del hombre rural que viaja por primera vez a una gran ciudad, y siente en carne propia el vértigo de extravagancias hostiles que se contraponen a la vida natural de la pequeña aldea campesina; obsérvense algunos momentos que se reproducen a continuación, en los que el sujeto lírico se identifica plenamente con los sentimientos del autor:

“Alto soy de mirar a las palmeras,  
rudo de convivir con las montañas...

Yo me vi bajo y blando en las aceras  
de una ciudad espléndida de arañas.

Difíciles barrancos de escaleras,  
calladas cataratas de ascensores,  
¡qué impresión de vacío!

ocupaban el puesto de mis flores,  
los aires de mis aires y mi río.

(...)

Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!  
vacilando en la acera de los pisos,  
con un temor continuo, un sobresalto,  
que aumentaban los timbres, los avisos,  
las alarmas, los hombres y el asfalto.

(...)

¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,  
exageradamente pecadores!

¡Cuánto vocabulario de cristales,  
al frenesí llevando los colores  
en una pugna, en una competencia  
de originalidad y de excelencia!

(...)

Huele el macho a jazmines,  
y menos lo que es todo parece  
la hembra oliendo a cuadra y podredumbre.

¡Ay cómo empequeñece  
andar metido en esa muchedumbre!

¡Ay, ¿dónde está mi cumbre,  
mi pureza, y el valle del sesteo  
de mi ganado aquel y su pastura?

Al final del poema, aparece la resolución de volver al sitio de origen aun a costa de renunciar al éxito, si este lleva consigo el desarraigo y olvido del plácido contacto con la naturaleza virgen:

(...)

Lo que haya de venir, aquí lo espero  
cultivando el romero y la pobreza.

Aquí de nuevo empieza  
el orden, se reanuda  
el reposo, por yerros alterado,  
mi vida humilde, muda.”

Más adelante, su percepción del mundo se fue radicalizando cada vez más y sus poemas fueron cambiando de tono y de temas, a medida en que se transformaba su actitud ante la vida desde contemplación activa hacia una contemplación participante y comprometida.

En el año 1934, el poeta pudo abandonar su oficio de pastor al conseguir empleo en una notaría y al dejar detrás las influencias de la Generación del 27, de la que no obstante asoman en múltiples ocasiones inesperados símbolos, asume el reto del soneto clásico para el que se siente capaz, y enamorado de Josefina Manresa, su musa eterna, a la que

conoció en este propio año, le dedicó poemas de tema amoroso, como “Por tu pie, la blancura más bailable”, que es toda una joya de seducción en forma de soneto:

“Por tu pie, la blancura más bailable,  
donde cesa en diez partes tu hermosura,  
una paloma sube a tu cintura,  
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable  
del nácar en ridícula estrechura  
y a donde va tu pie va la blancura,  
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,  
arena y mar me arrimo y desarrimo  
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya  
por la voz amorosa del racimo:  
pisa mi corazón que ya es maduro”.

Después de haberse incorporado como soldado al Quinto Regimiento de zapadores pasa a cultivar una poesía de combate aparecida en revistas de propaganda política, como “Ayuda” o “Alta voz del frente”, en una breve pausa dentro de la vida militar unió su vida a la de Josefina Manresa en 1937 y cultivó entonces la temática amorosa vinculada a su nueva experiencia en poemas antológicos como “Canción del esposo soldado”.

De sus propias experiencias brotaron textos tales como “Sentado sobre los muertos”, “Llamo a la juventud”, “Rosario dinamitera”, “Al soldado internacional caído en España”, “Pasionaria” y sus famosas elegías entre la que se encuentra la dedicada a Pablo de la Torriente Brau y “Jornaleros”; es el momento en que el autor ha triunfado como poeta, pues sin ser panfletario, su producción se torna cada vez más poética cuanto más política e ideológicamente comprometida con sus ideales libertarios. Como muestra, confróntese los siguientes versos:

“Adelanta, español, una tormenta  
de martillos y hoces: ruge y canta.

Tu porvenir, tu orgullo, tu herramienta  
adelanta.

Los verdugos, ejemplo de tiranos,  
Hitler y Mussolini, labran yugos.  
Sumid en un retrete de gusanos  
los verdugos.

Ellos nos traen una cadena  
de cárceles, miserias y atropellos.  
¿Quién España destruye y desordena?  
¡Ellos! ¡Ellos!

(...)

Jornaleros: España, loma a loma,  
es de gañanes, pobres y braceros.  
¡No permitáis que el rico se la coma,  
Jornaleros!”.

Vinculado a su tiempo, tomó parte en el II Congreso de Intelectuales Antifranquistas en Valencia durante 1937, visitó la Unión Soviética y a su regreso fue proclamado como el poeta de la guerra. En un acto organizado a modo de homenaje en Valencia, al ser entrevistado por el cubano Nicolás Guillén para el periódico “Mediodía” expuso: “[...] *la experiencia de la lucha, el contacto directo con el dolor en el campo de batalla, va a remover en muchos espíritus, grandes fuerzas antes dormidas.*”

Comisario de cultura, militante del Partido Comunista, todo ello en plena amenaza de la dictadura franquista, su obra, como su vida, continuó radicalizándose totalmente al lado de los humildes, no renunció a la creación, ni al amor, tuvo dos hijos, el primero de los cuales murió en 1938 a causa de las carencias provocadas por la guerra, es entonces cuando su producción poética se tornó luctuosa. Fueron momentos de clandestinaje, persecución, cárcel, esposa lejana, hijo ausente, condena a pena de muerte por un Consejo de Guerra, conmutada luego por cadena perpetua, finalmente, por la de treinta años de prisión.

Miguel Hernández sufrió cárcel en Madrid, Palencia, Ocaña, Alicante, donde pudo ver por breve tiempo a su esposa y al pequeño hijo, padeció hambre, abandono, enfermedades como el tifus y la tuberculosis, pero siguió escribiendo, manteniendo en sus poemas como

constante, las voces vinculadas a la tierra, al amor y a la esperanza, obsérvense en uno de sus últimos poemas titulado “Eterna sombra”:

“Yo que creí que la luz era mía  
Precipitado en la sombra me veo.  
Ascua solar, sideral alegría  
Ígnea de espuma, de luz, de deseo.

(...)

Turbia es la lucha sin sed de mañana.  
¡Qué lejanía de opacos latidos!  
Soy una cárcel con una ventana  
Ante una gran soledad de rugidos.

Soy una abierta ventana que escucha,  
Por donde ver tenebrosa la vida.  
Pero hay un rayo de sol en la lucha  
Que siempre deja la sombra vencida.”

Los estudiosos han dividido la poesía de Miguel Hernández en cuatro períodos, dados en llamarse:

1. El dedicado a la naturaleza: entre 1930 y 1934, donde místicos, clásicos, barrocos, representantes de la Generación del 98 y básicamente, los autores de la Generación del 27 dejaron en él sus huellas. Es este el momento de publicación, entre otras obras poéticas dispersas en semanarios y periódicos, de su libro *Perito en lunas*. Las claves léxicas más significativas de este primer momento se ligan a la naturaleza, entre ellas se destacan: siembra, piedra, campesino, peñasco, río, barranco, limonares, huerto, azucena, paloma, jazmín, buey, barbecho, montaña, toro, hortelanos.
2. El período de fuerte tendencia amorosa: entre 1934 y 1936, época en la que el escritor asume plenamente la influencia de la Generación del 27 con los ecos de Góngora y Quevedo, para ofrecer una visión personalísima de su tierra y sus sentimientos amorosos en poemarios que permanecieron inéditos como *El silbo vulnerado* e *Imagen de tu huella*, y en el cuaderno que más adelante intentó publicar *El rayo que no cesa*. Los términos más significativos en su léxico durante

estos años son: flor, lluvia, ausencia, cintura, luna, beso, llanto, pie, pena, corazón, sin renunciar al vocabulario alusivo a la tierra.

3. El de testimonio histórico: entre 1936 y 1938, período en el que ocupa especial atención la presencia de la revolución española y su entrada definitiva al compromiso social y político. Se encuentra en las obras de estos momentos la marcada influencia de la vanguardia social revolucionaria, básicamente de las obras de Neruda y Aleixandre. Sus poemarios *Viento del pueblo* y *El hombre acecha* constituyen obras representativas del período y los recursos léxicos a los que acude el escritor son en este momento entre otros, las siguientes voces: herida, pueblo, muerte, vida, guerra, fuego, vientre, hueso, mar, sangre, balas, campos, armas, batalla, soldado, fusil, España.
4. Por último, se plantea que su etapa final puede ser considerada como el período en que participa en la Destrucción de la Historia que se venía construyendo, referida al final trágico de la guerra civil y al triunfo del falangismo en España. Es el momento en que su vida aparece marcada por la cárcel y abarca entre 1939 a 1942, años en los que escribe *Cancionero y romancero de ausencias* y *Últimos poemas*. El autor ha ganado en intimidad temática a través de la que refleja sus congojas personales enmarcadas en el derrumbe de los ideales por los que hubo de luchar, aunque matizados por la esperanza en una nueva generación que salvará al mundo de tanta ignominia.

Aquí concurren términos como: sombra, noche, osamenta, penumbra, moribundo, puñalada, enemigo, hambre, cárcel, triste, soledad, sombra, grito, acompañadas de alusiones a la naturaleza en franco contraste ante tanta destrucción que el hombre puede causar.

En cada uno de estos cuatro grandes momentos persiste la presencia de la tierra, el prisma con que mira a su entorno el labriego, el pastor, alguien que conoce que de la cosecha, del cuidado que se ponga en preservar los bienes que aporta la naturaleza, depende la existencia de la vida humana, junto a la tierra aparece el amor y la confianza en un futuro mejor. Las claves léxicas que nunca abandonaron la poesía de Miguel Hernández fueron precisamente las voces destinadas a denominar lo relacionado con los que deberían ser los elementos más universalmente preservados por el género humano: la tierra, el amor y la esperanza.

Por eso hoy, a los cien años de su nacimiento, cuando sus restos reposan en el nicho 1009 del Cementerio de Nuestra Señora del Remedio, precisan ser oídas, más que nunca, las palabras del poeta soldado cuando advirtió a los hombres, desde la prisión, aun sabiéndose próximo a la muerte, este canto de vida donde tierra, amor y esperanza están presentes en uno de sus últimos poemas:

“Sonreír con la alegre tristeza del olivo,  
esperar, no cansarse de esperar la alegría.  
Sonriamos, doremos la luz de cada día  
en esta alegre y triste vanidad de ser vivo.

Me siento cada día más leve y más cautivo  
en toda esta sonrisa tan clara y tan sombría.  
Cruzan las tempestades sobre tu boca fría  
como sobre la mía que aún es un soplo estivo.

Una sonrisa se alza sobre el abismo: crece  
como un abismo trémulo, pero batiente en alas.  
Una sonrisa eleva calientemente el vuelo.

Diurna, firme, arriba, no baja, no anochece.  
Todo lo desafías, amor: todo lo escalas.  
Con sonrisa te fuiste de la tierra y el cielo.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- CHABÁS, JUAN. Literatura española contemporánea. La Habana, Editora Pedagógica, 1966.
- HERNÁNDEZ, MIGUEL. Viento del pueblo. Antología poética. Madrid, Editorial Las poesías del verano, 1998.
- RÍO, ÁNGEL DEL. Historia de la Literatura Española. La Habana, Editora Revolucionaria, 1966.
- RODRÍGUEZ MARCIA, M. DÍAZ, C. Miguel Hernández. Antología. Madrid, Editorial Zero, 1974.

- ROVIRA, JOSÉ CARLOS. Miguel Hernández. Antología poética. El labrador de más aire. Madrid, Editorial Taurus, 1990.
- VALBUENA PRATS, ÁNGEL. Historia de la Literatura Española. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S. A. 1968.